

VIOLENCIA Y PERSONAJES INFANTILES EN CUATRO CUENTOS BOLIVIANOS DEL SIGLO XX

Jesús Eduardo García Castillo*
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

...Señor, ya no existe Juan:
se murió de mal de mina.

Resumen: En el artículo se analizan diferentes formas de violencia (física, institucional, simbólica) como el tema central de una variedad de cuentos bolivianos de la segunda mitad del siglo XX. El corpus principal de estudio está compuesto por relatos en los que los personajes infantiles tienen alguna preponderancia, ya sea porque los narradores recuerdan la violencia de la que fueron testigos cuando eran pequeños, o porque los niños constituyen el punto de partida de la narración, para simbolizar realidades mucho más amplias, no exclusivas de un país latinoamericano en particular.

PALABRAS CLAVE: VIOLENCIA, PERSONAJES INFANTILES, MARGINACIÓN, CUENTOS BOLIVIANOS, SIGLO XX

* jesuseduardogarciacastillo@yahoo.com.mx

JESÚS EDUARDO GARCÍA CASTILLO

VIOLENCE AND CHILD CHARACTERS IN FOUR BOLIVIAN
TWENTIETH-CENTURY TALES

Abstract: *In this article, different forms of violence (physical, institutional, symbolic) are analyzed as the central topic of a variety of Bolivian tales from the second half of the twentieth century. The principal corpus of this study is composed by stories in which child characters have certain relevance, either because the storytellers recall the violence they witnessed when they were young, or because children constitute the starting point of the story, so as to symbolize much wider realities, non-exclusive of a Latin American country in particular.*

KEY WORDS: VIOLENCE, CHILD CHARACTERS, MARGINALIZATION, BOLIVIAN TALES,
TWENTIETH-CENTURY

De entre las innumerables aristas que pueden encontrarse en la actualidad de un país por demás complejo y difícil de explicar como Bolivia, hay un aspecto que con frecuencia aparece en su narrativa contemporánea: la situación inhumanamente opresiva de los mineros. Este grupo social se encuentra, en los sentidos figurado y recto, en la profundidad más oscura y asfixiante del territorio boliviano, y a pesar de constituir una fuerza de trabajo indispensable para la producción de la riqueza nacional, se encuentra en la pobreza más desesperante; además es víctima de varios tipos de violencia: desde la fuerza del Estado que, durante las dictaduras militares apagó con sangre las protestas sociales, hasta la negación de mejores condiciones de trabajo y de tecnologías, por lo que grandes partes de las extracciones siguen haciéndose prácticamente a mano, como ocurría hace décadas. Pero si los mineros pertenecen al grupo de los olvidados sociales, los que no importan sino como un factor de la producción, y a los que difícilmente se toma en cuenta como seres humanos con necesidades y con capacidad emotiva, los niños que viven en los campamentos de extracción son, si es posible, más desgraciados.

En este sentido, los personajes infantiles ocupan un lugar poco privilegiado en la narrativa boliviana contemporánea, pues la mayoría de las veces aparecen

sólo referidos o son los receptores últimos de todas las violencias: la física y la verbal, la de la indiferencia, la institucionalizada en la familia, la mina, el ejército y la escuela. Los cuentos de los que me ocuparé en las páginas sucesivas son una muestra de esta circunstancia, y su análisis puede servir como punto de partida para proponer un método para el acercamiento al personaje infantil en el cuento boliviano de finales del siglo XX.

Aunque se refiere a un corpus mayor, este trabajo se basa en la lectura y comparación de cuatro cuentos de tres jóvenes escritores bolivianos que han sido reconocidos en su país y también de modo internacional, ya sea porque sus relatos han recibido premios en certámenes literarios o porque han aparecido en antologías publicadas en diversos países, entre ellos, México. Sin embargo, un criterio fundamental para la elección de estos textos no es sólo su reconocida calidad literaria, sino que cada uno de ellos ofrece una realización distinta de la figura infantil que reacciona de manera particular ante la violencia social. Los cuentos son “El regalo”, de César Verduguez (1941); “Interior mina”, de Alfonso Gumucio Dagron (1950); “Masacre minera” y “La letra con sangre entra”, de Víctor Montoya (1958).

Los tres autores están incluidos, entre otras fuentes dignas de mención, en una antología preparada por el tercero de ellos, Víctor Montoya. Esta obra se llama *El niño en el cuento boliviano*, y apareció publicada de manera virtual en dos partes que ocupan sendos documentos PDF en un sitio electrónico denominado *Noticias Bolivianas.com El portal de noticias de Comteco* [www.noticiasbolivianas.com].¹ Sin embargo, sólo dos cuentos de mi selección aparecen en esta antología (“Interior mina”, de Gumucio, y “La letra con sangre entra”, de Montoya), pues de Verduguez se recoge “Las manos bajo un cielo de lluvia”.²

El cuento de Verduguez, “El regalo”, ocurre en un barrio paceño la noche de un 24 de diciembre, cuando la ciudad se alista para celebrar la Navidad. El protagonista es un soldador llamado Juan, un padre soltero que no puede

¹ Víctor Montoya. *El niño en el cuento boliviano. Antología*.

² Hay que dar crédito también a la *Antología de antologías* preparada por César Verduguez, en la que se incluye “Interior mina”, de Gumucio. Véase *infra*, página 14.

satisfacer las necesidades más elementales de sustento, pero que sueña con preparar, junto con sus hijos, unas empanadas de gigote y queso con las que celebraría en familia. Obligado por su necesidad, Juan sale en esta fecha festiva a buscar algún trabajo de última hora y, mientras recorre la ciudad ofreciendo sus servicios, piensa en sus hijos, quienes lo esperan ansiosos en casa, pues “estaban pendientes de que el papá querido les llevaría algún regalo, porque aun siendo de corta edad, sabían que ese día reciben juguetes y golosinas todos los niños del mundo” (14).

Sin embargo, los habitantes de la ciudad son, cuando menos, indiferentes ante la angustia de Juan: quienes no lo ignoran, se dirigen a él de modo hosco y grosero, y lo ahuyentan para que no estorbe los preparativos de la cena. Así, el ambiente navideño de la ciudad crea un contraste entre la abundancia festiva de las familias a quienes Juan visita en busca de trabajo y el vacío que lo espera en su propia casa. Para olvidar la promesa que no puede cumplir a sus hijos (es decir, el regalo que da título al cuento), Juan bebe (de fiado) un par de vasos de chicha antes de volver a casa. Cuando los hijos le reclaman el regalo prometido, Juan monta en cólera. Cito el final del cuento:

Cruzó por su mente un rápido pensamiento y sin mayor tardanza se levantó y agarrando a sus hijos empezó a darles una serie de golpes desmedidos. Las cosas que usaban y guardaban como objetos valiosos volaron por los aires, lanzados por el incontenible soldador. Los niños, aterrorizados, gritaban bañados en llanto, y el padre vociferaba.

—¿Querían regalo, no? ¡Aquí está el regalo! ¡Éste es el regalo!— Tocaban las doce y, entre gozos y música y comidas, otros niños recibían regalos celebrando la llegada de Navidad. (18)

De este modo, Juan concentra en un acto de violencia física toda la violencia moral que ha recibido al no encontrar un trabajo que le dé lo suficiente para cenar esa noche, por no hablar de la que en sí misma representa la pobreza en la que debe vivir. Lo terrible es que con esa violencia desahoga su frustración sobre los niños, que son, además, sus propios hijos. La sorpresa para los lectores reside en que Juan no había manifestado durante el desarrollo del cuento ninguna

muestra de carácter irascible, puesto que no se había defendido de los maltratos de sus patrones potenciales. Su calidad de subordinado no le permitía ser brusco con quienes podrían contratarlo. Sin embargo, la fuerza que no ha podido usar para defenderse de quienes lo humillan en el barrio se desborda sobre los pequeños cuya esperanza estaba puesta en la promesa de un regalo.

Por lo anterior, la violencia contra los niños se multiplica: no sólo deben acostarse sin haber cenado, sino que también deben renunciar a la expectativa de un regalo y, además de todo, sufrir los golpes del padre, de quien debían esperar protección en vez de agresiones físicas.

Debo destacar, por el momento, que los niños en este cuento son personajes tangenciales, pues aparecen referidos y sus diálogos están vistos siempre a través del recuerdo y la ilusión del padre, que piensa en ellos mientras busca trabajo. Así, fuera de la línea en que los describe “aterrorizados, gritando y bañados en llanto”, el narrador en tercera persona no se ocupa de describir las reacciones de los niños, sino que termina su narración en el momento en que se escuchan las campanadas de la medianoche y deja que los lectores imaginemos qué siguió. En este final abrupto radica gran parte de la fuerza que tiene este texto.

El segundo cuento que elegí es, en apariencia, menos crudo, pero retrata una realidad más inmediatamente aplastante que la violencia doméstica: la represión de la dictadura militar. Se trata, como adelanté, de “Interior mina”, de Alfonso Gumucio Dagron.

En este caso, también es un narrador omnisciente quien da cuenta de los hechos, que tienen lugar en un barrio muy pobre de un pueblo minero. El protagonista es Jaimito, un niño indígena (al que los soldados se refieren con el término *yogalla*, que tiene un cariz despectivo), quien corre para avisar a su padre que el ejército ha tomado el Sindicato y están tratando de encontrarlo. Sin embargo, cuando el chico llega a su casa, el ejército ya está en la vivienda buscando al padre de familia, quién trabaja en la estación de radio del Sindicato. Así, aunque parece que ya es inútil hallar al padre para advertirle sobre el peligro que corre, la búsqueda se reinicia, ahora por órdenes del teniente, que envía a Jaimito a traer a su padre.

Como Jaimito supone que su padre se encuentra dentro de la mina, hacia allá se dirige y en el camino es testigo de una manifestación de mujeres que

reclaman a los soldados haber desconocido otra vez los sindicatos y haber cerrado las pulperías, cortado el agua y la electricidad, y que exigen la liberación de sus maridos, a quienes suponen presos políticos. En 1967, ocurrió la masacre minera de la noche de San Juan, a manos de las tropas gubernamentales bajo los órdenes del general René Barrientos. La referencia al 67 como un hecho del pasado y la aparición de un personaje femenino de nombre Domitila, que acaba de parir a sus gemelos, permiten ubicar los hechos de este cuento en la mina llamada Siglo XX, en 1976, año de la huelga de hambre de los mineros bolivianos. Esta Domitila es Domitila Barrios de Chugara, esposa de un trabajador minero y única mujer de la clase trabajadora que participó en la tribuna del Año Internacional de la Mujer, organizado en México en 1975 por las Naciones Unidas. Sus testimonios se recogen en dos libros: *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia* (1977), y *¡Aquí también, Domitila!* (1985), de Moema Viezzer y David Acebey, respectivamente, ambos publicados en México. Cito, del segundo libro:

Después de la intervención armada a los campamentos mineros en junio del 76, apresaron a mucha gente. Nuevamente los dirigentes estaban perseguidos. Se inició otra etapa difícil para el pueblo boliviano. Di a luz a mis mellizos. La una nació viva y el otro murió por los gases de interior mina, porque tuvimos que estar mucho tiempo ocultos ahí dentro. Cuando nació el niño, estaba casi en estado de descomposición. Así murió mi segundo hijito. (19)

Así, podemos asegurar que los hechos que Jaimito presencia están basados en acontecimientos de la realidad factual, y que pertenecen al primer periodo de Hugo Bánzer Suárez en el gobierno de Bolivia (1971-1978). A diferencia del cuento al que me referí anteriormente, el de Gumucio utiliza la mirada infantil para describir el estado de sitio en que se encuentra el pueblo boliviano. Cito un poco de lo que Jaimito ve en su traslado al *interior mina* en busca de su padre. Las mujeres que se encuentran en la plaza se quejan de que les han cortado el agua y la alimentación, a lo que uno de los militares responde:

—¡Señoras! Este distrito minero y otros cinco —tomó su tiempo para barrerlas con la mirada—, son ahora zona militar por decreto del Supremo Gobierno, ¡zo-na-mi-li-tar! —repitió.

—¡Ésta es zona minera, no zona militar! —gritó una mujer.

—...lo cual quiere decir —continuó con calma el militar— que la manifestación que ustedes han organizado es ilegal, obedece a consignas foráneas y constituye un acto de insubordinación a las autoridades militares... (311)

Gumucio utiliza, entonces, elementos tomados de la realidad factual, que deberían ser fácilmente identificables para quien conoce, aunque sea de manera superficial como yo, la historia de los movimientos mineros bolivianos. Con estos elementos, y mediante su organización en un relato cuyo foco es el niño Jaimito, Gumucio describe la situación opresiva que los militares ejercen sobre los obreros. Así, el viaje de Jaimito en busca del padre se convierte en un desplazamiento simbólico: el niño busca a su padre para salvarlo, entre otros motivos porque intuye que de su bienestar depende la vida de la familia entera. De esta manera, la búsqueda del padre se convierte en la búsqueda de la redención. Por otro lado, en ese desplazamiento desde la vivienda hacia el interior de la mina, Jaimito es testigo de las demandas de las mujeres, de la desaparición de los hombres y, en general, de la persecución que el pueblo sufre a causa de la dictadura militar, que elimina por la fuerza cualquier brote de disidencia.

Por eso, los hechos que Jaimito ve en este desplazamiento (y quizás el propio desplazamiento también) adquieren asimismo un carácter metonímico: cada mujer que grita en la plaza representa su estamento, y, por añadidura, el campamento minero podría estar representando un paradigma tan grande como se quiera: la totalidad del pueblo boliviano o la totalidad de América Latina.

El descenso a la mina conserva todas las características que he atribuido al desplazamiento: es simbólico porque el personaje toca fondo, pues sólo encontrará el cadáver del padre al que intentaba salvar, y es metonímico porque los personajes con quienes se encuentra no sólo pueden interpretarse como individuos, sino que representan una muestra de la sociedad a la que pertenecen.

En este esquema, Domitila sería un personaje incidental pero ambivalente, que puede interpretarse alternativamente desde el punto de vista de los estudios de género y desde la perspectiva social. En el primer campo, esta mujer es la contraparte femenina de los mineros hombres; es decir, una mujer que tiene acceso al espacio masculino, aunque en realidad sabemos que no es por su gusto, sino por salvar su vida. Ésta es una mujer distinta a las de su género, porque, mientras las otras reclaman a los soldados sin ser escuchadas, Domitila se esconde para después convertirse en la voz de todas las mujeres y de todos los hombres en el congreso del Año Internacional de la Mujer, lo que dará a su testimonio un alcance insospechado en el ámbito mundial.

Desde el punto de vista social, Domitila es una madre de familia, una mujer fecunda que tiene ya varios hijos. En el momento en que Jaimito la encuentra dentro de la mina ella acaba de parir unos gemelos, uno de los cuales morirá intoxicado por los gases del subsuelo, aunque no en el tiempo de la diégesis. En el cuento tampoco se da ningún indicio concreto de que esto vaya a suceder, aunque es un conocimiento popular que el mal de mina es un riesgo altísimo para quienes trabajan en los subterráneos.³

Importa destacar que, aunque estamos ante un narrador en tercera persona, la focalización en el personaje de Jaimito permite suponer que esa conciencia narrativa se le acerca libremente, como si se tratara de un narrador testimonial que cuenta desde otra época los eventos que vivió en su niñez. Así, el cuento adquiere casi sin hacerlo notar un tono testimonial que conjunta la memoria del pasado y su reorganización en el presente de la narración-lectura para explicarlo de modo lógico. En otras palabras, el discurso indirecto libre puede darnos

³ La silicosis (conocida popularmente como “mal de mina”) es provocada por partículas de sílice que se introducen hasta la parte baja del pulmón, desde donde se distribuyen hasta otras partes del sistema respiratorio y lo dañan paulatinamente; este padecimiento es producido por la exposición constante al polvo de cuarzo y otros minerales (que por ser microscópico no se distingue a simple vista, por lo que el ambiente de la mina puede parecer limpio). Sus principales síntomas son pérdida de color o “transparencia” de la piel, pérdida de peso, respiración difícil y agitada al mínimo esfuerzo, falta de energía, tos seca y molesta, todo lo que resulta, entre otras consecuencias graves, en incapacidad para las labores habituales. Véase Antonio Angulo Salazar.

un indicio de que el narrador es en realidad Jaimito ya adulto, o bien alguien que estuvo muy cerca de los acontecimientos de 1976.

El acercamiento entre testimonio y ficción que en el texto de Gumucio sólo puede intuirse, ocurre tal como lo describo en el tercer cuento de mi selección: “Masacre minera”, de Víctor Montoya. La diégesis está ubicada nueve años antes de lo que ocurre en “Interior mina”, es decir, en 1967, durante la noche del 24 de junio, por lo que esta matanza es reconocida históricamente como La Masacre de San Juan. El relato es muy breve, y su mayor acierto se encuentra en su crudeza, ya que los hechos se narran con una aparente indiferencia. En resumen, un minero se percata de la masacre que se avecina, y trata de hacer sonar la alarma para advertir a sus compañeros, pero en el camino es asesinado por los militares antes de que logre su objetivo.

En este cuento los únicos niños que aparecen están sólo referidos, pues el narrador dice que, antes de salir, Juan acostó en la cama a cinco de sus hijos. Este detalle indica, sobre todo si se compara con los siete hijos de Domitila, que las familias de los mineros suelen ser numerosas, lo que aumenta la precariedad de su situación. Sin embargo, mi criterio para incluir este cuento en mi selección temática (memoria infantil, testimonio y movimientos sociales) se basa en una explicación que el mismo Víctor Montoya ofrece sobre el origen del cuento:

La masacre minera de San Juan, acaecida en la madrugada del 24 de junio de 1967, no figura en las páginas oficiales de la historia nacional, aunque se mantiene viva en la memoria colectiva y se la transmite a través de la oralidad, de generación en generación, convirtiéndola en algunos casos en cuentos y leyendas, como sucede con los hechos históricos que se resisten a sucumbir entre las brumas del olvido. *Y si lo cuento aquí y ahora, es porque fui testigo de esa horrenda masacre a los tres días de haber cumplido nueve años de edad.* (“La masacre minera...”, las cursivas son mías)

Así, el proceso que intuíamos en el cuento anterior (un niño que presencia una masacre y, ya de adulto, la narra en tercera persona) se encarna en Víctor Montoya, quien tuvo que exiliarse en Estocolmo después de haber sufrido

persecución y tortura durante el régimen militar de Bánzer. Desde allá ha seguido sus actividades culturales; muestra de ello son la antología a la que me referí al principio y otras publicaciones como *Fugas y socavones*, incluida en la Editorial Ficticia.

Por lo tanto, en casos ficcionales como el de Gumucio, o reales como el de Montoya, puede apreciarse el proceso de testimonio y memoria descrito por Joan-Carles Mèlich en *La lección de Auschwitz*. En pocas palabras, se trata de un ser humano o un grupo social, en este caso un niño que representa la niñez (pero también a los más desvalidos de la escala social, por lo que también pueden equipararse a los más pobres, en este caso, los mineros), que vive un acontecimiento traumático como el holocausto (o la pobreza extrema, a la que se añade la represión violenta durante la dictadura militar), y que, para entenderlo, siente la necesidad de narrarlo. En ese intento, el narrador debe apropiarse del suceso traumático y expresarlo con sus palabras. Con ello, reconstruye el pasado para poder entender el presente..., y evitar que esos acontecimientos cruentos se repitan en el futuro. Recordar para entender. Recordar para exorcizar. Recordar para evitar.

Tal ejercicio de esa memoria sólo puede darse desde el acto de la lectura, que se transforma en infinito, en tanto que se renovará cada vez que, mediante la lectura, se actualice el testimonio:

[...] en una “ética desde la experiencia de lo inhumano”, en una ética nacida en la experiencia de “Auschwitz”, de un Auschwitz no solamente histórico sino sobre todo simbólico, el relato y la lectura ocupan un lugar privilegiado, leer el testimonio, ser capaz de sentir el silencio de los muertos, vivir el insomnio de la lectura, convertir la memoria en memoria *ejemplar*, ser capaz de transmitir la experiencia del otro, el recuerdo de los otros, y volver a leer *infinitamente*. (Mèlich 22-23)

Esta apropiación de la realidad por medio de la palabra, en este caso literaria, me remite, a su vez, a la idea de Paulo Freire de la palabra problematizadora en pedagogía. Según Freire, las codificaciones en un determinado círculo de cultura deben basarse en la realidad de quien está siendo educado: que se aprenda

primero a leer el mundo para que luego se pueda escribir las palabras significativas según su realidad, la cual, especialmente en el caso de Latinoamérica, siempre es problemática, por lo que el vocabulario pedagógico debería basarse en términos como *cosecha, medicina, justicia, hambre*, de modo que el educando pueda interactuar de manera inmediata con esa realidad y, en algún momento del futuro, modificarla.⁴ Pero la problematización del mundo no puede ocurrir en aislamiento, sino siempre de manera grupal, en relación con los otros. “Nadie libera a nadie, nadie se libera solo. Los hombres se liberan en comunión” (Freire, *Pedagogía...*, en especial cap. 3), y en esa comunión, la memoria es fundamental:

El ser humano es un ser ineludiblemente espacio-temporal, situacional y relacional, y la memoria es la facultad que nos permite instalarnos en el espacio y el tiempo, que siempre son un espacio y un tiempo concretos. Y por esta razón también, la memoria es “relación con los otros”, con el “tiempo el espacio de los otros”. Dicho brevemente: *la memoria es espacio-temporal y el tiempo y el espacio “humanos” están dirigidos al otro.* (Mèlich 30)

Sin embargo, no hay que esperar a que este proceso se inicie con la educación formal del ser humano, es decir, en la escuela. Aunque, sin duda, la institución escolar es (por lo menos debería serlo en teoría) el ambiente idóneo para esas reflexiones, el camino se inicia mucho antes, desde las relaciones familiares preescolares. Freire, con su característica claridad, apunta que Fromm estudia

[...] las condiciones objetivas que generan [la necrofilia y la biofilia], sea esto en los hogares, en las relaciones padres-hijos, tanto en el clima desamoroso y opresor como en aquel amoroso y libre, o en el contexto sociocultural. Niños deformados en un ambiente de desamor, opresivo, frustrados en su potencialidad, como diría Fromm, si no consiguen enderezarse en la juventud en el sentido de la auténtica rebelión, o se acomodan a una dimisión total de su querer, enajenados a la autoridad y a los

⁴ Véase Paulo Freire (*Cartas a...* 28 y ss.).

mitos utilizados por la autoridad para “formarlos”, o podrán llegar a asumir formas de acción destructiva. (Freire, *Pedagogía...* 202-203)⁵

Con esto, finalmente ratifico mi elección del cuento de Verduguez, “El regalo”, pues con base en las ideas de Freire puede afirmarse que la liberación del oprimido nunca será total, y si lo fuera, no sería justa, si el oprimido de hoy se convirtiera en el opresor de mañana. En los términos concretos de los cuentos a los que me he referido: el soldador paupérrimo golpeado por la vida y humillado por la sociedad, que descarga sus frustraciones en los más débiles, golpeándolos y humillándolos a su vez, sin importar que se trate de sus propios hijos, no se siente mejor después de desahogar su justa furia en los más débiles, ni mucho menos está contribuyendo a que la cadena de opresión se rompa o a que sus resultados se reviertan. Lo más probable es que cuando estos niños crezcan se convertirán, a su vez, en opresores que abusarán de quienes tengan la mala suerte de ser más débiles que ellos.

Un ejemplo similar puede encontrarse en “La letra con sangre entra”, último cuento de mi selección en este caso, y en el que se relatan las desventuras de un niño en edad escolar que debe sufrir los maltratos y las humillaciones de la maestra que se supone está “educándolo”. El ambiente escolar recreado por Montoya en su texto es tan opresivo y denigrante, que puede compararse sin esfuerzo con un régimen totalitario, en el cual lo menos importante es la personalidad individual:

La profesora leyó nuestros nombres en orden alfabético y, al llegar al mío, me miró a los ojos y preguntó: “¿Tú te llamas Víctor o Luis?” “Víctor”, le contesté con una voz quebrada. Ella levantó el bolígrafo a la altura de su nariz ganchuda y tachó mi nombre *como haciéndome desaparecer del mapa*. Se limitó a plantarse frente a nosotros, mirándonos uno por uno, y advirtió: “*En esta clase está prohibido hablar, jugar y preguntar*”. (“La letra con sangre entra” 12-13, las cursivas son mías)

⁵ Esta edición no consigna la fuente, pero es claro que Freire se refiere a Erich Fromm.

El narrador de este cuento es, otra vez, un personaje al que suponemos adulto, pero que hace su relato desde el punto de vista infantil; esto le permite un doble juego en el que se combinan el juicio de la madurez (otorgado no sólo con el incremento de la edad del personaje, sino con la distancia temporal respecto de los hechos que se narran)⁶ con la perspectiva inocente y fresca de la mirada de un pequeño. Así, el discurso que parece lineal adquiere una serie de matices que lo convierten en un tejido de perspectivas, en cuyo entramado pueden leerse varios de los elementos que he venido enumerando.

Por ejemplo, la omnipresencia de la mina en las comunidades que se retratan en estos cuentos queda indicada en el siguiente párrafo:

Desde cuando empezó la escuela transcurrieron ya varios días, semanas y meses, pero yo no aprendí ni siquiera a diferenciar las vocales de las consonantes. En cambio el compañero de mi banco, un niño de origen campesino, que casi siempre venía en harapos y cuyo castellano estaba salpicado de interferencias quechuas, sabía ya leer y escribir de corrido. Su padre trabajaba en la misma galería del interior de la mina donde trabajaba mi padre, y mi madre era la profesora de su hermana en la escuela de niñas; razones suficientes para que fuese mi mejor amigo. Además, me defendía de la agresión de los más grandes y me ayudaba a hacer los deberes escolares. Se llamaba Juan —digo que se llamaba, porque no hace mucho que murió aplastado por un tojo en la mina—. (“La letra con sangre entra” 13)

Como ya he argumentado, que el narrador haga su relato desde su presente (que representa el futuro del personaje infantil), le permite esta prolepsis

⁶Esta madurez se representa en el uso de vocabulario preciso y variado (que resultaría inverosímil en boca de un niño iletrado), en la valoración de las actitudes de los personajes adultos, en las comparaciones que se establecen entre la escuela y la cárcel y en la conciencia de que los pequeños distorsionan la letra del himno por ignorancia y por falta de atención de sus profesoras: “Entonamos el Himno Nacional deformando ‘el hado’ en ‘helado’ y ‘propicio’ en ‘prepucio’. Al final del acto, el director habló de cosas que yo no entendía; sus palabras eran tan difíciles y abstractas como las del Himno Nacional” (Montoya, “La letra con sangre entra” 12).

mediante la cual conocemos que Juan morirá dentro de la mina. Mientras tanto, durante su niñez, el narrador y su amiguito tendrán que soportar las maldades de la profesora:

[...] apenas cruzamos la puerta, la profesora nos tomó por las orejas y nos sacudió en el aire.

Cuando nos soltó el golpe, sentí que un hilo de sangre corría por mi cuello y que un sudor frío me empapó el cuerpo. De mis ojos querían brotar lágrimas y de mis labios improperios, y, sin proponérmelo, dejé caer la mirada en el instante en que la profesora me dio un revés que me hizo arder la cara. Seguidamente me dio un empujón y me arrinconó contra la pared, donde me puso de rodillas sobre dos piedras del tamaño de las canicas. A Juan lo puso de plantón, los brazos en alto y seis libros apilados sobre las manos. En esta posición nos mantuvimos hasta la hora del recreo. (“La letra con sangre entra” 13)

La tortura continúa hasta que el narrador es víctima de la aniquilación simbólica a causa de un dibujo en el que caricaturiza a su profesora y al que la maestra responde con un “Desde mañana haz de cuenta que no existes”. Esta declaración no es más que el punto culminante de una no-existencia a la que el personaje narrador está condenado desde que la madre lo lleva a la escuela por primera vez, momento en que empieza su anulación:

Ambos [el narrador y su amigo Juan] éramos aburridos y nunca reíamos a carcajadas, ni siquiera cuando los payasos y titiriteros venían a la escuela. Eso de las carcajadas era una especie de privilegio reservado sólo para los niños felices. Nosotros éramos otra cosa. La alegría la teníamos escondida en algún recóndito lugar del cuerpo. No hablábamos en voz alta ni nos oponíamos al autoritarismo de los adultos. Ya entonces estuvimos acostumbrados a *la pedagogía del silencio*. (“La letra con sangre entra” 13, las cursivas son mías)

Enfatizo esta última frase porque me parece una de las denuncias más sutilmente presentadas en estos casos: la escuela percibida como prisión, la

educación concebida como tortura, la docencia convertida en una práctica humillante, nada de esto es tan pernicioso como la pedagogía del silencio. Lo que la infancia violentada que se expresa en estos cuentos parece querer decirnos es que callar es permitir, y pronunciar es transformar. Freire lo explica de la siguiente manera:

No hay palabra verdadera que no sea una unión inquebrantable entre acción y reflexión y, por ende, que no sea praxis.⁷ De ahí que decir la palabra verdadera sea transformar el mundo [...] La existencia, en tanto humana, no puede ser muda, silenciosa, ni tampoco nutrirse de falsas palabras[,] sino de palabras verdaderas con las cuales los hombres transforman el mundo. Existir, humanamente, es “*pronunciar*” el mundo, es transformarlo. El mundo *pronunciado*, a su vez, retorna problematizado a los sujetos pronunciados, exigiendo de ellos un nuevo *pronunciamiento* [...] Es necesario que los que así se encuentran, negados del derecho primordial de decir la palabra, reconquisten ese derecho prohibiendo que continúe este asalto deshumanizante [...] Por esto, el diálogo es una exigencia existencial. (*Pedagogía...* 105-107)

En conclusión, los cuentos que he presentado en esta muestra comparten una serie de temas reiterados, entre los que destaca la violencia contra la niñez, aunque ésta puede ser entendida en un sentido más amplio: el abuso que el poderoso ejerce sobre su subordinado (lo mismo da que sea el dueño de la mina quien explota al minero, o el adulto que abusa del niño).

En términos de recursos narrativos y literarios, otra característica común en este tipo de relatos es el uso de un personaje-narrador que organiza su discurso desde la edad adulta, pero que adopta sin lugar a dudas una perspectiva infantil porque se trata de su propia historia, la cual recuerda y relata como

⁷ Según el esquema propuesto por Freire, la palabra tiene dos componentes: la acción y la reflexión; por lo tanto, la verdadera palabra es praxis. El sacrificio de alguno de esos componentes lleva a un desequilibrio: si se suprime la acción, se tendrá sólo palabrería o verbalismo en vez de praxis; si se anula la reflexión, mero activismo; véase Paulo Freire (*Pedagogía...* 105).

la vivió (o como la recuerda). Esto abre un sinfín de posibilidades de análisis (que no desarrollé en este trabajo, pero que quedan apuntadas para investigaciones posteriores) en el campo de la memoria y su papel en la (re)construcción del pasado.

En otro ámbito, la figura del niño como personaje puede estar solamente referida, como ocurre en “El regalo” y en “Masacre minera”, pero en cualquiera de los casos los niños resultan el punto de partida de la narración, o los destinatarios de la violencia que, luego de acumularse durante el desarrollo del cuento, se desencadena en el desenlace.

Por otro lado, la brevedad y concisión que exige este género literario permite suponer que cada uno de sus elementos tiene un significado mayor que el literal, lo que nos lleva a otorgar a los personajes de los cuentos un matiz simbólico-metonímico, por lo que, en diferentes niveles paradigmáticos, estos personajes pueden representar realidades mucho más amplias. Esto importa de modo más frecuente y doloroso de lo que podría pensarse, y no es exclusivo del ámbito minero ni de un solo país —Bolivia—, sino de un área mucho más amplia: América Latina, aunque podrían ocurrir, incluso, en cualquier parte del mundo en la que exista violencia y represión.

Por eso, la escritura, la difusión y la lectura de obras como las de Verduguez, Gumucio y Montoya son relevantes para nuestra realidad, pues sólo mediante la memoria de la violencia social y por medio de la reflexión acerca de nuestro papel en el mundo, y de cómo nos relacionamos con el *otro*, podremos comprendernos y aceptarnos plenamente, lo que daría sentido no sólo a nuestra vida, sino a la muerte de aquellos que se han sacrificado antes que nosotros.

Como afirma Mèlich:

No hay identidad humana sin un tipo u otro de sentido, pero el sentido no puede darse. No se le puede decir a alguien: “Mira, éste es el sentido de la vida. Ahí lo tienes, tómalo y adelante”. Cada uno tiene que “inventarse [o descubrir] el sentido”. Pero lo que resulta más importante es que el sentido (desde un punto de vista ético) no puede inventarse al margen de los otros. Y quiero insistir que al hablar de los otros no me refiero solamente a

aquellos que están presentes a nuestro lado, que interaccionan cara a cara con nosotros mismos, sino también a nuestros antepasados y nuestros sucesores. Los otros, por ejemplo en el caso de los supervivientes de los campos de exterminio, son los “hundidos”. Por eso el acto de encontrarse con el relato no es únicamente la anticipación, sino también es la recuperación del pasado, es un comprometerse responsablemente con la experiencia de los otros que, en el acto de lectura, se convierte en mi propia experiencia. El evento de tropezarse con los ausentes en el relato es *memoria*. (60)

Hay todavía mucho que decir; sin embargo, me conformaré por ahora con haber demostrado que el cuento boliviano de finales de siglo XX goza no sólo de buenas cualidades literarias, sino que puede convertirse en piedra de toque de la reflexión sobre América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- Acebey, David. *¡Aquí también, Domitila!* México: Siglo XXI, 1985.
- Angulo Salazar, Antonio. “Contaminación minera, historia de un proceso médico.” <www.cienciasaplicadas.buap.mx/convocatoria/memorias.../004.pdf>. Fecha de consulta: 20 de septiembre de 2009.
- Freire, Paulo. *Cartas a quien pretende enseñar*. Trad. Stella Mastrangelo. 8ª ed. México: Siglo XXI, 2002.
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Trad. Jorge Mellado. 2ª ed. México: Siglo XXI, 2005.
- Fromm, Erich. “La agresión maligna: necrofilia.” *Anatomía de la destructividad humana*. Trad. Félix Blanco. 17ª ed. México: Siglo XXI, 2000. 330-350.
- Gumucio Dagron, Alfonso. “Interior mina.” *Antología de antologías. Los mejores cuentos de Bolivia*. Comp. César Verduguez Gómez. La Paz: La Ho-guera Editorial, 2004. 307-316.

JESÚS EDUARDO GARCÍA CASTILLO

- Mèlich, Joan-Carles. *La lección de Auschwitz*. Pról. Lluís Duch. Barcelona: Herder, 2004.
- Montoya, Víctor. *Fugas y socavones*. Biblioteca de Cuento “Anís del Mono” 10. México: Ficticia, 2002.
- Montoya, Víctor. “La letra con sangre entra.” *El niño en el cuento boliviano. Antología*. Tomo 2. Noticias Bolivianas.com. Corporación Comteco. <<http://www.noticiasbolivianas.com/libros.php?id=1>>. Fecha de consulta: 29 de mayo de 2009.
- Montoya, Víctor. “La masacre minera de San Juan.” Comunicación personal el 3 de julio de 2009.
- Verduguez Gómez, César. “El regalo.” *Las serpentinillas del diablo. Antología de [sus] cuentos; cuentos premiados en antologías*. Cochabamba: Gráfica Soliz, 2004. 11-18.
- Verduguez Gómez, César, comp. *Antología de antologías. Los mejores cuentos de Bolivia*. Cochabamba: La Hoguera Editorial, 2004.
- Viezzer, Moema. *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*. México: Siglo XXI, 1977.

D.R. © Jesús Eduardo García Castillo, México, D.F., enero-junio, 2014.

RECEPCIÓN: Julio de 2013

ACEPTACIÓN: Abril de 2014